BIBLIOTECA MARCEL·LÍ DOMINGO
Recull de premsa local i comarcal

Bella expresión del espíritu caballeresco y romántico de la época fué el denuedo con que luchó durante el sitio el caballero Pons de Cervera, señor de Castellfullit, esclavo de un voto formulado para alcanzar la noble mano de la bella princesa Almodía, hermana del Conde soberano, el cual da su consentimiento ante una prueba tan conmovedora de amor humano.

Por fin, transcurrido el plazo convenido, frustradas las esperanzas de socorro, el cadi, en cumplimiento de lo pactado, ofrece la capitulación. El clamor de victoria de los vencedores struena el espacio. Sobre el alcázar de la soberbia islámica, que paseó en triunfo sus estandartes por Occidente, ondea, solemne en su perennidad, la bandera de la Cruz. Después de cuatrocientos treinta años de dominación sarracena, Tortosa queda por Berenguer IV, por cuya hazaña los poetas y juglares entonarán inspiradas trovas —corona literaria de rimas y adjetivos— y la musa popular compondrá romances alusivos a la gesta. Este suceso memorable producese el 30 de Diciembre de 1148 de la Era cristiana, correspondiente al penultimo día de la última luna de Dulegia del año 526 del calendario mahometano de la Hejira.

ORIGEN DE LA ORDEN DEL HACHA

Con un título más que añadir a su grandeza: el de Marqués de Tortosa, Ramón Berenguer IV, para quien la Providencia parece alfombrar de laureles de victoria el camino de su existencia, sigue en heroica cabalgada a redimir nuevas tierras. La flecha de su ejército apunta a Lérida, la que se propone conquistar.

Mientras, Tortosa se sumerge en el gozo de su liberación. En el lugar que ocupara la mezquita edificada en tiempos de Abderramán III empiézase a construir la Catedral. Ya en sus telares, de justa fama por sus primorosas producciones, no se tejen flecos para almohadas y alcatifas de telas moros. Ya los poetas de las cortes de El-Andalus cantan con nostalgia las bellezas del vergel en el Ebro el Mogreb perdiera.

Pero el Islam, ansioso de revancha, no se resigna a la pérdida de Tortosa, y apresta un ejército para apoderarse nuevamente de ella, aprovechando la favorable coyuntura de hallarse desguarnecida y contando con la complicidad de los moros habitantes de la Aljama tortosina. Es un amanecer de 1149. La niebla mañanera pone cendales vaporosos sobre las tierras bajas del valle: pero a medida que el sol se despereza por Coll del Alba producense transparencias en el ambiente que dejan vislumbrar la presencia, extramuros de la ciudad, de una poderosa fuerza sarracena. Sus blancos albornoces son como manchas de alcanfor sobre el paisaje polícromo de la vega. El sol saca fulgentes destellos de sus corvas cimatarras. Precedidos de sus alguzares, avanzan los guerreros islamitas, brillando en el negro azabache de sus ojos un afán homicida de desquite y de venganza. Y ponen cerco a la población, la que esperan rendir pronto.

Ante el peligro, late el corazón del pueblo, vibra la cuerda sensible de su patriotismo, despierta el espíritu indomable de su estirpe. No en vano son hijos de esta raza hispánica que ha asombrado al mundo con sus legiones de héroes y santos, místicos y mártires, sabios y conquistadores, llegando hasta alumbrar un nuevo mundo para la Humanidad. Representantes de la nobleza, del clero, de los gremios artesanos y del pueblo llano, gentes en su mayoría más diestros en las industrias y regalías de la paz que en el oficio de las armas, acuerdan defender la ciudad a todo trance. Y mientras Tortosa rechaza con heroísmo las acometidas sarracenas, emisarios tortosinos —mensajeros de la esperanza—, siguiendo caminos de trocha, desembarcando vaguadas y remontando cerros, van en demanda de socorro a su señor el Conde Ramón Berenguer, a la sazón empeñado en la conquista de Lérida. Pero el Conde dice no poder ayudarles de momento, pues harto ha menester de sus fuerzas todas en empresa de tanta monta como la en que está a punto de triunfar.

Los huestes de Mahoma conminan a los bravos defensores de Tortosa a rendirse; pero la decisión inquebrantable de defenderse hasta morir dicta la respuesta:

—Nosotramo el Conde, que Dios guarde, vendrá en nuestra ayuda. Dios hará que vuestras plantas no pisen como vencedores el guijo de nuestras calles; porque Aquel que da y quita la fuerza y el poder, y humilla a los soberbios y ensalza a los humildes; Aquel que es omnipotente sobre todas las cosas, dispersará vuestra hueste como el viento esparce la arena en el desierto.

El despecho del moro se vierte en postrera amenaza:

—Perros cristianos: os humillaremos aplastándoos la frente con nuestras babuchas.

La lucha adquiere caracteres épicos. Los cantos homéricos al valor y al heroísmo hubieran tenido igualmente plena justificación si hubieseu sido inspirados en la bravura con que los tortosinos defienden su tierra, su libertad, sus creencias. Pero han agotado casi todas sus posibilidades de resistencia. Los víveres faltan; los físicos, con su ciencia primitiva, no alcanzan a curar las muchas heridas; escasea la ropa con que preparar hilas y vendas para tanta humanidad doliente. Y como si hasta la Naturaleza sintiese el dolor de la ciudad martirizada, en las hojas de los árboles tiemblan gotas de rocío que son como lágrimas del cielo llorando por los sufrimientos de sus hijos de Tortosa.

En tan difícil trance, fallida la esperanza del socorro del Conde, los hombres se reúnen en asamblea patriótica y acuerdan emular a los de Sagunto y Numancia. Matarán a sus mujeres y a sus hijos, destruirán cuanto pueda ser de algún valor y saldrán a campo libre contra el enemigo para morir matando. Pero aunque se prometen no revelar, de momento, tan tremenda determinación, parece trascendió el acuerdo, y una hembra valerosa y decidida reúne en una iglesia a las mujeres y les expone el propósito de los hombres. Luego, presentándose ante éstos, les prometen que si han de caer en manos de los moros, se darán muerte por su propia mano; pero creen que antes de recurrir a tan extrema resolución hay que apelar, además de la fuerza, al ingenio, pues ambos en común pueden, con ayuda de Dios, salvarles. Ellas eran de parecer que unos cuantos hombres simulasen desertar de la plaza e hiciesen correr entre los musulmanes la voz de que el Conde había logrado, de noche y por caminos secretos, introducir refuerzos en la plaza, mientras ellas acudirían a las fortificaciones con cascos, corazas y otros aprestos militares, a más de utensilios domésticos que a distancia podrían parecer u oirse como objetos ofensivos, a cuya vista y ruido quizá se amedrentaría el enemigo.

Así se conviene. Y en el amanecer de un día histórico, las valerosas matronas de Tortosa, llenas de ardimiento, invaden los caminos de ronda en las murallas, y en el castillo de la Zuda los patios de armas, torreones y barbacanas se cubren de lucecillas que hacen relucir engañosamente los inofensivos objetos metálicos de que van provistas, armando un guirigay de voces y golpear de unos metales con otros, que la estratagema surte efecto. Se oye exclamar en el campo moro:

—¡Mirad! En las almenas de los muros cristianos, sus guerreros son tan numerosos como los gorriones sobre los árboles en primavera.

Y en el fatalismo de su raza encuentran una justificación a la quiebra de sus ilustones:

—Alá es grande, e inescrutables son sus designios.

Al mismo tiempo, los hombres, enardecidos con el ejemplo de las mujeres, salen como torrente desbordado por los portales de la ciudad y se lanzan con ímpetu suicida sobre el asombrado enemigo, y en la sublime locura de su heroísmo, matan, destruyen, pisotean, derriban cuantos obstáculos se les oponen. Ellos, los tortosinos, tampoco en la batalla cuentan sus enemigos sino después de muertos. Por doquier óyense imprecaciones y gemidos. Tétricas lombaradas pregonan en las últimas sombras vespertinas el incendio del campamento musulmán. De nada sirve que algunos jefes intenten retener a sus desparoridas huestes y evitar la desbandada. Esta se produce. El terror pone alas en los pies de la morisma, que en su huida siembra de despojos el campo de batalla. Su derrota es completa. El marcial estrépito se apaga... se apaga..., hasta que se hunde definitivamente en el silencio... Y los heroicos tortosinos, ebrios de triunfo, cansados los brazos de tanto matar y las piernas de tanto perseguir, trasponen, jadeantes, los portales de la ciudad, entre lágrimas de alegría y cantos de victoria.

La leyenda refiere que mientras extramuros de la plaza se luchaba con denuedo, un escuadrón de moros atacó con furia el portal de San Cristóbal, que en la euforia del momento, había quedado casi desguarnecido, y cuando parecía inminente su entrada por ella en la ciudad, apareció un arrogante peregrino *(romeu)* que les cometió, y con la fuerza de su poderoso brazo les rechazó. Según la tradición, el peregrino era, como en Clavijo, el Apóstol Santiago. De ahí que en dicho portal se esculpiera después su imagen.

La fe y el patriotismo de los tortosinos obtuvo el premio merecido. Ya los sarracenos no enviarían —como en otras partes hicieran— carros cargados con cabezas de cristianos a sus reyezuelos, como macabro trofeo de victoria, ni las doncellas tortosinas secarán de lágrimas las fuentes de sus ojos en el cautiverio de los serrallos mogrebíes. Y en acción de gracias, piadosos romeros de esta tierra seguirán trillando con sus pies descalzos los caminos que los peregrinos del mundo cristiano abrieran en las tierras hispánicas para visitar la tumba del Apóstol en Santiago de Compostela.

§ II. Ahíta de victoria y rezumando gloria regresa la hueste de Ramón Berenguer IV. Los escudos de los caballeros compiten con el sol en su fulgencia, y las grímpolas de variados colorines ondean orgullosamente colgadas de la punta de las lanzas. Cantos de triunfo brotan del pecho de aquellos guerreros cuyas hazañas la Fama esparce por los treinta y dos rumbos de la rosa de los vientos. Su valentía ha arrojado al Segre los símbolos del Islam. Lérida, Mequinenza, Fraga y el castillo de Ciurana son ya tierra redenta.

Todo parece sonreír en la Naturaleza. Los jilgueros, ebrios de sol y de aromas campestres, emiten alegremente sus trinos, maravillosos en su inarmonía. El cielo aparece diáfano como el alma del justo. Las canciones campestinas, el balido de las ovejas, el cloqueo del averío, entonan el discordante pero grandioso himno con que la Naturaleza agradece al Creador el maravilloso don del trabajo y de la vida. El Ebro, con murmullos somnolentes, rinde el pleitohomenaje de sus aguas ante los muros de la ciudad querida. La Creación toda parece sumarse al gozo de la patria recobrada. Pero hay algo que empaña la alegría del regreso del Conde. Los tortosinos vieron herido su orgullo y defraudada su lealtad por el abandono en que su soberano les dejó en tan tremenda coyuntura. Por esto no se le recibe con arcos triunfales, ni repican en su honor las campanas; las banderas de los gremios y estamentos de la ciudad no flamean al viento su alegría de fiesta y homenaje, ni las hogueras nocturnas —costumbre introducida por los árabes en la Península, como signo de regocijo— reflejan en las paredes las sombras chinescas del contento ciudadano

Diz que al Conde le prohibieron simbólicamente la entrada en la ciudad, y al requerir a los tortosinos para que explicaran su actitud negando el paso a su señor, que les liberó del poder agareno, le contestaron:

—Vos nos abandonasteis en el más grande peligro, que conjuramos con la ayuda de Dios, amén del valor e ingenio de nuestras mujeres. Y pues vuestro empeño estaba en otros menesteres, seguid en la paz de Dios el camino de vuestra gloria, que el nuestro, humilde y recto, harto sabemos caminarlo sin ayuda ajena.

La actitud tan digna como justificada de los tortosinos le llegó al corazón al Conde, tan de suyo inclinado a lo justo, y queriendo mostrarse conciliador y recuperar el amor de tan valientes súbditos, fluyeron de su pródiga mano mercedes y privilegios e instituyó la Orden del Hacha, como premio al valor de las mujeres tortosinas. Finalmente, el 30 de Noviembre de 1149, otorgó a Tortosa su famosa Carta-Puebla, la más liberal de cuantas concedieran los Condes soberanos de la Marca Hispánica.

§ III. Lector tortosino: Si alguna vez pisas las históricas losas de Santa María de Ripoll, detente ante el cenotafio de aquel preclaro Príncipe de la Cristiandad que por sus prendas y virtudes entró en la Inmortalidad por la puerta de los elegidos: Ramón Berenguer IV, Conde de Barcelona y Marqués de Tortosa y Lérida, y dedícale un piadoso recuerdo, ya que con el nos unen vínculos históricos inolvidables. Allí, ante una lápida funeraria, el espíritu filosófico del viajero tiene ocasión de reflexionar sobre lo efímero de las humanas grandezas, al ver que tantas loas, tantos títulos y honores, caben en el parvo recinto de un sepulcro.

Hoy, los tortosinos, tan amantes y orgullosos de sus tradiciones, demuestran con la celebración del VIII Centenario de la Reconquista, que sobre las glorias de su pasado no ha crecido la hierba del olvido. No en vano su abolengo es la lealtad; su patrimonio, la hidalguía; su orgullo, la laboriosidad. Tortosa, siempre vieja y siempre remozada, ha sabido armonizar la aureola de un pretérito esplendoroso con las realidades prácticas de su presente, para creerse un porvenir halagüeño merced a su trabajo y a su perseverancia. Esta es su mejor ejecutoria: vivir cara al futuro y mostrarse digna de su glorioso pasado.

S. Blanch Balaguer

Font: biblioteca.tortosa.cat